



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Daniel Perea.)



—Bajo mi lápiz reviven
las peripecias del *ruedo*,
y, aunque sordo-mudo, nadie
me aventaja á contar cuentos.

SUMARIO

TIZZO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Yo pecador!..., por Fiacro Yrázoz.—Palique, por *Clarín*.—El primer engaño, por Luis de Ansoarena.—Grande y chico, por A. Sánchez Pérez.—Zañigadas, por Juan Pérez Zañiga.—Jagando, por Eduardo de Palacio.—Ahora que ha pasado, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Daniel Pérez.—¿Á la piñata? (seis viñetas).—Ceniza.—El elemento sano, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Mañana ¡ay! es el último día de Carnestolendas.

Tras el desenfreno vendrá la calma.

La juventud recordará con profunda melancolía las noches pasadas en Parish, en la Zarzuela, en el Teatro Moderno, cuando aspiraba el perfume embriagador de las mascaritas, entre las cuales

había algunas que olían á cebolla y á lomo frito.

Varios hijos de familia, olvidando las recomendaciones paternales, se lanzaron al placer sin cortapisas y ahora sufren las consecuencias de su locura.

Hay uno, periodista él, que ha cogido una tos de perro ratonero, y da una lástima oírle!

—¿Qué es eso, Manolín? ¿Tienes moquillo?—le preguntan.

—No—contesta el pobre hablando en falsete.—Esto lo he pescado en el baile del Círculo, porque salí á la calle sudando á chorros, y me enfrí de medio cuerpo para arriba.

Era natural que así sucediese, porque el desgraciado Manolín salió del baile bañado en puro sudor y antes de llegar á la calle de la Montera ya se había quitado las botinas. Yo le vi sentado en la acera, en lucha con una bota que no quería salir por más tirones que daba el bueno de Manolo.

—Señorito, ¿se ha puesto usted malo?—le preguntó el sereno, que es muy cariñoso.

—No; es que se me ha hinchado el dedo meñique de la derecha—decía el pobre periodista exhalando ayes doloridos.

—No hay cosa mejor que usar el calzado ancho—replicó el sereno presentándole los pies, que parecían dos sombreros de sacerdote.

—Yo lo uso ancho también; pero estas botas no son mías.

—¿De quién son?

—Del administrador del periódico, que me las ha prestado por esta noche.

—¡Bueno anda el periodismo!—murmuró el sereno filosóficamente.

Entre las máscaras del Prado había una que excitó la curiosidad del público con su traje de ciudadano de la libre América.

Llevaba en la mano un salchichón, envuelto en la carta de ciudadanía, y absorto de las preeminencias concedidas á los que se han hecho yankees para andar por casa, se acercaba á las chicas tratando de estrecharlas contra su corazón.

En la calle de Alcalá se puso á dirigir requiebros á una señora y fué interrumpido en su grata tarea por el esposo de la aludida, que se lanzó al cuello del máscara con ánimo de estrangularle.

—¡Soy yankee!—gritaba él.

—¡Toma, toma!—decía el esposo sacudiéndole puñetazos en la nuca, hasta que el yankee de mamams, maltrecho y abatido, acabó por quitarse la careta murmurando:

—¡Vaya un modo que tienen algunas personas de recibir á las máscaras extranjeras! Yo creía que en España todo estaba permitido.

El máscara está hoy en el lecho con varios chichones de pronóstico reservado, y piensa entablar una reclamación cerca del Gobierno para que se le indemnicen en su calidad de súbdito norteamericano á hijo adoptivo de D. Antonio.

Ceferinito se pasó cerca de ocho días diciéndole á su madre todas las noches:

—Anda, mamáita, deja que me mande hacer un traje de frac.

—Pero ¡hijo mío! ya sabes que no puede ser.

—Anda, mamáita. Hay un sastre que trabaja muy barato; por veinte duros le ha hecho frac, pantalón y chaleco á Heliodoro, el de D.^a Purificación.

—Te digo que no puede ser.

Por fin la mamá (madre al fin! ¡oh!...) hubo de acceder á las súplicas de Ceferinito, y éste vióse dueño del traje.

¿Que para qué lo quería?

Para lucirlo en el baile de los Artistas.

Llegó la ansada noche.

(Estilo cortado.)

Ceferinito se puso el pantalón.

Después el chaleco.

En seguida el frac.

Dió un beso á su madre.

Un abrazo á la criada.

Sin que la mamá se enterase.

Porque se amaban en secreto.

Y Ceferinito se dirigió al Real.

¡Oh!...

—¡El baile—iba diciendo Ceferinito para sí.—¡El baile! ¡Qué ilusión!

¡Cuánto tiempo hace que deseaba poseer un frac como éste para lucirlo ante las máscaras!

¡Qué noche me espera! Yo con mi frac paseando por el salón y ellas saludándome... «Adiós, Ceferinito. Ya sé que eres un calaverón. Estás muy guapo y muy elegante...» ¿Qué hora es? Las doce y media. La gran hora para presentarme en el salón... Corramos... Lararí, lararí, liri, liri.

Ceferinito, cantando como un jilguero, alegre, penetró en el baile.

Lo primero que hizo fué dirigir una mirada curiosa á su alrededor y se dispuso á recibir todas las bromas que quisieran darle.

Pero pasó media hora... ¡y nada!

Pasó otra media... ¡y lo mismo!

Entonces se sentó en una butaca al extremo del escenario.

Y allí se estuvo dos horas y media, sin que se le acercara alma viviente, hasta que, muerto de sueño, con los ojos abrasados por el polvo y la boca seca, se dirigió á su casa diciendo con desesperación.

—¿Y para esto me he hecho yo el frac?

Á la mayor parte de los muchachos que van á los bailes les sucede lo mismo.

Luis Taboada.

¡Yo pecador!...

—¡Padre, estoy arrepentido y vengo á que usted me absuelva! El Carnaval con sus bailes convida á bromas y á fiestas... la juventud siempre es loca... la ocasión no siempre es buena y, en fin, padre, que esta vez venció el diablo en la reyerta y me entregué á los plumeros sin medida, sin conciencia y he pecado mucho... ¡mucho!... pero prometo la eumitada.

—¡Vamos, lo mismo que todos cuando llega la Cháresma!

—¿Conque has pecado, hijo mío?

—¡Mucho!

—Pues dí lo que sea, que Dios perdona á los malos si se arrepienten de veras.

Y una súplica inmensa la falta,

su piedad es más inmensa. —Pues verá usted: unos amigos que tengo, muy calaveras, se empeñaron en que fuésemos al baile de la Zarzuela.

Yo no había estado nunca

y no tenía ni idea

de lo que eran esos bailes...

¡Qué bailes!... ¡Si usted los viera!...

¡Cuánta luz! ¡Cuánta alegría!

¡Qué de trajes y caretas

y cuántas mujeres guapas...

á jugar por las orejas!...

Había muchos plumeros...

¡Qué burros!

—De papel de seda,

y cintas de mil colores

que, arrojadas con violencia

de palco á palco, formaban

una bóveda completa.

Por arriba, el arco iris,
por abajo... ¡la tormental
Yo estaba medio atontado
de ver tanta cosa nueva,
y con el ruido y las voces
y el calor y la impureza,
parecía que la sangre
se alborotaba en mis venas.
A todas las que pasaban,
fuesen jóvenes ó viejas,
les echaba mil piropos
y les decía ternezas.
A las unas:—¡Cuerpo bueno!
á las otras:—¡Adiós, prendal...
En fin, que he pecado mucho
y aquí vengo á que me absuelva.
—Sigue, sigue tu aventura,
porque así es como se empieza.
—En esto, llegó á mi lado
una mujer... de primera.
—¡Sería una desgraciada!...
—¡Qué! ¡Si estaba muy contenta!
Me habló, la invité á cenar,
aceptó esta deferencia,
nos fuimos al *restaurant*...
—¿Y después?...
—Meda vergüenza
decirlo, mas lo diré.
Solitos, en una mesa,
cenamos, ella jamón
y yo tortilla de yerbas.
—¿Y después?...
—Pastas y queso.
—¡Digo después de la cena!
—¡Ah, ya! Pues nada, llamé,
le pedí al mozo la cuenta
y me dijo que valía,
sólo aquello, diez pesetas.
Las pagué, cogíome el brazo

y, bajando la escalera,
fuimos de nuevo al salón
á dar vueltas y más vueltas.
—¿Y después?...
—Le compré un ramo
de jazmines y esmalitas.
Por cierto que á la florista,
para pagar lo que fuera,
le di un billete del Banco
y se quedó con la vuelta.
—¿Y después?...
—Después nos fuimos...
—¿Adónde? ¡Dí lo que sea,
que Dios perdona á los malos
si se arrepienten de verdad!
—Fuimos... al puesto del agua,
y allí se comió dos yemas
y se llevó un cucuruchó
de dulces para su abuela.
Volvíome luego al salón.
Eran ya las cinco y media;
la dejé con un pariente,
me pidió cinco pesetas
para tomar un carruaje,
pues la noche estaba fresca,
se las di, me dió las gracias,
se despidió muy contenta...
y hoy vengo aquí, padre cura,
á descargar mi conciencia.
—¿Y no habo más?
—¡Nada más!
—¿¡Hablas de veras?
—¡De veras!
—Pues, hijo mío, si es cierto
todo lo que tú me cuentas,
ni puedo absolverte yo,
ni encontrarás quien te absuelva,
que Dios perdona á los malos;
¡á los tontos, los condena!

Fuero Trájes.

* PALIQUE *

Para nadie es ya un misterio que el señorito que escribe en *Gección el Ojeo* con pedantería insoportable, sin pizca de respeto para los más ilustres escritores, y sin... firma, es un tal Navarro Ledesma. Que lo niegue, si se atreve, con su firma al pie de la negativa... y, por su honor, asegurando decir y haber dicho verdad. Y después, si tal hace, yo le probaré, comparando textos, que él mismo ha demostrado que es el Sr. Navarro Ledesma el que escribe el *Ojeo* (1).

Bueno, pues este Navarro, que insiste en llamar mal escritor á una persona de quien sólo cita una frase mal escrita... que se le demostró que no está mal escrita; este Navarro que se burla de Balart porque, de propósito, repite una palabra, este Navarro escribe como van ustedes á ver (*Apuntes*, núm. 50, 27 de Febrero 1897):

«Comentarios.—Muy abundantes y sabrosos serían los de esta semana, si en el corto espacio disponible para ello pudieran tratarse todos los asuntos que ocupan la atención general.»

Así escribe cualquier fiel de fechos. Y eso es el Sr. Navarro: un fiel de fechos... y *gestas*, como dirían él ó el inventor de los *Infantes de Lara*, ó sea el Sr. M. Pidal, que se pasa la vida cobrándole *gestas*, en prosa ó en verso, á la Diputación provincial de Oviedo.

No hay chicos más indigestos
que estos de *gestas* y *gestos*.

Quedamos en que los comentarios serían abundantes si cupieran en un corto espacio. No, hombre, no. Justamente todo lo contrario: si cupieran en corto espacio... no serían abundantes. Y tampoco serían sabrosos por haber ó no haber; serían sabrosos porque es usted de lo más salado que se conoce en materia de archiveros y bibliotecarios. Es usted el Torreveja de los *Incunables*. No hay más que ver ese estilo que está chorreando gracia...

«Todos ellos son de grandísimo interés, de indiscutible importancia, y merecen ser estudiados con la extensión debida en forma grave y profunda.» ¿Eh? ¿Qué les parece á ustedes de la forma profunda? Esa forma profunda debe de ser la cuarta dimensión de que hablan los modernos geométras.

Sigue diciendo el fiel de fechos incunables que «las grandes potencias se encuentran en situación semejante á la del vizcaíno y don Quijote». Y añade: «Esa semejanza refiérese exclusivamente á la situación de las potencias.»

¡Pero, hombrín, si ya lo ha dicho usted! La situación de las potencias es la semejante; y luego, «la semejanza se refiere á las potencias». ¡Claro, hombre! Con ese modo de escribir todo espacio es corto para los cronistas de plomo ó *diplomáticos*.

«La terrible lucha del hombre con las necesidades que precen.»
¡Valiente economista! El hombre no lucha con las necesidades, si no por las necesidades.

Si yo necesito un panecillo y lucho por conseguirlo, no lucho con el panecillo.

Esto ya era así en tiempo de los *Infantes de Lara* y de los *Niños de Eñija*.

Lucha con las necesidades el asceta, por ejemplo, que procura vencer la naturaleza y no satisfacer sus deseos. Pero en la lucha de pobres y ricos los pobres no luchan con las necesidades, sino por las necesidades, para satisfacerlas; no para aniquilarlas, que no es posible, por eso... porque son necesidades.

«Si tales propositos existieran, pronto veríanse anulados.»

No se dice *añá* veríanse, sino se verían. Ya sé que Mencheta, para ahorrar perros grandes, escribe así los telegramas, y Burell también pospone el *me* y el *te* y el *se*, á todo pasto, para darse tono de escritor más *emocional* que *gramatical*; pero el Sr. Navarro debe de saber que, si en tiempos remotos se escribió así, y hoy también puede hacerse, es cuando el verbo ocupa otro lugar en la cláusula. Y el que quiera saber más que vaya á Salamanca; pero ojo con el P. Cámara.

«Si no por su importancia teatral, merece que de él se hable en primer término, por lo delicado y selecto de su composición el lucidísimo y selecto (bis) entremés...»

¡Selectísimo! Ya está usted lucidísimo, entremés, selecto... y fresco!

Y este hombre se ríe de Castelar porque habla de gualdrapas que no son de tela. O de paño, oh entremés incunable y lucidísimo... y *encarnizado*, como usted dice (atropellando á *Miguel Anjel*) de cierta quisicosa que no puede ser encarnizada.

Créame el simpático propietario de *Apuntes*; ahora, con motivo de las reformas importantes que va á introducir en su periódico, ya popular, debe limpiar la redacción de críticos *medievales*. Que se vayan con las *gestas* á otra parte, y que aparezca la *Revista moderna*, moderna de veras y no con esas rémoras de sabiucos anticuados y retrógrados que creen imitar á Marcelino Menéndez y Pelayo parodiando su poco piadosa crítica de los krausistas españoles.

Clarín.



—Veinte mil hombres van sobre las uñas. ¡QUAN fuera Inca!

(1) Este artículo llegó á Madrid el miércoles. El número de nuestro colega *Gección*, que apareció el mismo día, publica un artículo dirigido á Clarín y firmado por el Sr. Navarro Ledesma. Huelga, pues, este primer párrafo, que no suprimimos por la relación que tiene con el siguiente.—N. de la R.

¿A LA PINATA?



—¡No! de ninguna manera. Y no yendo yo, veremos quien se encuentra las bofetadas que se pierden.

—No sé qué hacer, porque ya estoy cansado de sorprenderla vestida de bebé y bailando con el de las patillas.



—¡Pues no faltaba más! Si no fuera yo, ¿quién iba a tener cuidado de la Ceferina?



—No può ser, porque se exige traje de buena sociedad.

—Veremos. ¡Se divierte uno tanto tirando serpentina!

—¡Claro que voy! A presenciar aquel espectáculo repugnante para tronar luego en el Senado, con conocimiento de causa, contra la corrupción del siglo.

El primer engaño.

¡Fué buena puñalada!... Sentí entonces ira, rabia, dolor, tristeza, espanto, confusos y distintos sentimientos que casi á la locura me llevaron... Cosa muy natural... Mi alma de niño fué para el golpe cual terreno blando que permite al puñal llegar al fondo y destrozar lo que se encuentra al paso. ¿De modo que era un sueño la ventura que yo pensaba en porvenir cercano y mentiras las frases amorosas, vicio, más que pasión, los besos falsos de la divina boca, tantas veces abierta, como flor, sobre mis labios?... ¡Todo infamia y doblez!... Sentí que el alma se rebelaba ante el cruel engaño, y desde el fondo de mi ser herido olas de muerte al corazón llegaron... La vida era imposible para un hombre que perdía la fe y el entusiasmo, y á traición, por sorpresa y sin motivo sintió el golpe incomprensible y bárbaro. Preciso era morir... porque la muerte significa el olvido y el descanso, y una existencia acongojada es cosa que siempre sobra... Inútil... un obstáculo... Y... ¡hay que morir! me dije muchas veces con el frío valor de un espartano, sintiendo casi orgullo de una idea incompatible con los pocos años.

.....
Ráfaga débil que deshace el viento, fiebre extinguida sin que deje rastro... ¡Es tan triste morir cuando se siente que hay vida exuberante para rato! Fué aquello... el sarampión que sufre el alma y hace surgir al hombre del romántico jovencuelo inocente que ve el mundo al través de cristales azulados. La ruda crisis transformó mi espíritu haciéndome más fuerte... aunque más malo, y con la idea de que darse *todo* sin prudencia al amor... es darse al diablo, le di sólo lo justo para hacerle agradable, poético y simpático, y, sin salir de mi egoísmo nunca, fui un hombre por completo afortunado. Y... ¡es natural!... cuando recuerdo ahora el dolor y la angustia del pasado, y noto que los besos que recibo saben á gloria, aunque resulten falsos, doy por bueno el dolor de la enseñanza y la acre crueldad de *aquel* engaño.

Luis de Ansorena.



Ceniza.



—Efectivamente, no somos más que polvo. Antes del baile del Círculo, tenía yo un reloj de oro y una sortija con una esmeralda, y ahora... ¡dédelos usted expresiones!

Grande y chico.

Á mi bondadoso amigo San Rafael, en *La Correspondencia Militar*.

Sigo creyendo, distinguidísimo compañero en la prensa, sigo creyendo que las obras teatrales del género llamado *chico*, si son buenas (que algunas lo son), favorecen al arte en vez de perjudicarlo.

Y sigo creyéndolo porque nadie, hasta ahora, ha destruído mis afirmaciones de que ese género facilita la asistencia al teatro á muchas personas, que antes frecuentaban las tabernas; de que proporciona facilidades á los autores primerizos para ensayar sus fuerzas, probar sus aptitudes y dar los primeros pasos en una carrera espionosa y ardua, y de que pueden dar, asimismo, ocasión de que el público tenga noticia de artistas á quienes, sin esas obras *chicas*, no habría llegado á conocer y estimar nunca.

Lo cual no significa, ni puede significar en modo alguno, que yo condene el género *grande*. Bueno, excelente y aun excelentísimo lo hallo... cuando es bueno, porque—esto no puede negármelo San Rafael—también suele haberlo malo.

Y ya que mi queridísimo y discreto amigo emplea un argumento *ad hominem* reproduciendo trozos (escogidos por él) de uno y de

otro género, voy á seguir su ejemplo, citando varios pedazos de ambos géneros.

Allá van:

PEDAZO DEL «GÉNERO GRANDE»

«¡Hermoso jardín es éste!
¡Bella estatua!

—Es de Minerva.

—¡Y cómo crece la hierba
con este viento sudeste!»

PEDAZO DEL «GÉNERO CHICO»

«Ya el bergantín pirata
sus velas iza,
moviéndose en las aguas
que el viento riza.
¡Cómo en las olas
se dibujan inquietas
sus banderolas!»

Ya sé que para mi adversario, amabilísimo, aunque un tanto burlón, las obras de García Gutiérrez no pertenecen al género *chico*, porque me dice muy discretamente, entre otras cosas:

«Les llamo género *chico* á esas piezas en un acto con acompañamiento musical, cuyos libretos no resisten el más ligero análisis y donde el buen gusto literario brilla por su ausencia.»

Y así por ese estilo continúa explicando que, para él, *género chico* es lo malo... Acabáramos, amigo mío, acabáramos. Ya sabías ya que, á la postre, habíamos de entendernos.

De manera es que si usted llama *género chico* al *género malo*, estamos perfectamente de acuerdo; ese género tampoco á mí me gusta.

Pero el que yo defiendo no es ése, sino el bueno, y aun el mediano.

Y lo defiendo porque lo juzgo auxiliar muy valioso y hasta insustituible del otro género; del grande, que también me gusta mucho cuando es bueno.

No ha transcurrido aún mucho tiempo desde que tuve el gusto de asistir al estreno del sainete lírico *El padrino del Nene*, obra que indiscutiblemente ha de ser incluida entre las del *género chico*.

No voy á decir ahora, ni hay para qué lo diga, lo que la obra me pareció; al público le gustó muy de veras (y sigue gustándole), y por cierto que en ella, y prescindiendo de actores á quienes todos conocíamos ya y estimábamos, apareció un joven, casi un niño, apellidado *González*, que en su papel de *Chavito* (me parece que es ése) demostró aptitudes muy recomendables para el teatro.

Posible es, casi seguro, que sin *El padrino del Nene* esas aptitudes, que hoy constituyen una esperanza, hubieran permanecido desconocidas hasta para el mismo que las posee.

Y digo yo: ¿qué pierde el arte con que el público asista á presenciar espectáculos como *El padrino del Nene* que, es claro, no pueda ponerse en parangón con *Hamlet* ó con el *Rey Lear*, ni aun con *El padre prodigo*, pero que es obra literaria, culta, ingeniosa y de honesto entretenimiento?

Si en esto hay perjuicio para alguno, francamente, yo no lo veo.

¿Que no todas las obras del *género chico* son como ésa? Es verdad, pero tampoco todas las obras del *género grande* son como las otras.

No quiero concluir, amigo *San Rafael*, sin suplicarle muy encarecidamente que haga saber á *Olelo* (que si no estoy mal informado es *D. Rafael de Mesa y de la Peña*) que un lindo artículo suyo, publicado hace ya muchos días en el periódico *Militares y Paisanos*, me pareció muy bueno, más aún, sobresaliente; pero hallé injusto lo que decía de que á mí me gusta el *género chico*.

No me gusta, ¿eh?, quede sentado esto; no me gusta *por chico*, me gusta por bueno... cuando es bueno.

Hay mucha diferencia entre esto y lo otro.

El que yo afirmo que no es perjudicial para el arte, no quiere decir que me guste, sino que no me parece pernicioso; nada más, nada menos.

Yo, por ejemplo, soy muy poco aficionado á las corridas de toros. ¿Muy poco? No... nada aficionado al espectáculo nacional; pero si llega el caso, defiendo que esa fiesta, que á mí no me gusta, es muy popular en España.

Porque lo uno no quita lo otro.

Y rogando á usted y á él que me perdonen la insistencia, me repito su afectísimo y devoto amigo.

A. Sánchez Pérez

Zuñigadas.

I

La maestra Inés Valdés anunció en *El Imparcial* que para enseñar inglés abría clase especial. Y con el sueldo á la vista dieron á Inés mucha broma, porque se comió el cajista el acento del idioma.

II

Veán ustedes dos casos de muerte muy natural. Después de hacer mil artículos el articulista Orgaz, no me choca que haya muerto de *reuma articular*, ni es extraño que después de tener que enseñar una partida de mata el confitero Julián, muriese ayer atacado de *enajenación mental*.

III

Me escribe mi amigo Antón que ha dado á luz en Berlín un chiquitín su *Anunciación* y está á mi disposición... (supongo que el chiquitín ¡Qué pícara redacción!)

IV

El tenedor de papel del Estado Juan Montiel y el pobre Alberto Casaña (caballero, según él, cubierto y grande de España) pretenden á Leonor, y aunque está arruinado Alberto, ella dice que es mejor, y se funda en que un *cubierto* siempre es más que un *tenedor*.

V

—¿Cómo es que tachas á Elena de mujer *adocenada*, si sus novios la hallan buena y á más de buena ilustrada? —Porque tiene una docena.

VI

Compróse un reloj inglés con cadena Pascual Masa, y al cabo de medio mes llevó el reloj á la casa de préstamos de Valdés. Por eso dice Pascual que el relojito en cuestión ha pasado por su mal de *cadena temporal* á perpetua *reclusión*.

VII

Expulsó la solitaria en Carnaval Par Medina,

que está en situación precaria, y exclamó su nena Hilaria: «¡Ya tenemos serpentinas!»

Juan Pérez Zuñiga.

Jugando.

Claro, como él á nadie conocía, se pasaba en Madrid el día entero en casa de Julián y Rosalía; él fué siempre un amigo verdadero, y ella, aunque era coxa é impertinente, se mostraba también muy deferente. Tenía la señora un gato hermoso que, á falta de heredero, estimaban la esposa y el esposo como al niño primero, pues que sólo tuvieron un conato y, según Rosalía, *fué non nato*. Jugaban en las noches, bien al *sole*, á la *brisca* ó al *tute*, cuando no iban á Apolo los consortes, su amigo el forastero, y un señor retirado y muy *grosero*; retirado del todo y convecino, y adúlador constante del *minino*, sólo por agradar á Rosalía y al sufrido consorte; le echaba á ella la cortes, mientras á él á *sablasos* le partía. En torno de una mesa disfrazada con zagalejo de bayeta verde, jugaban su partida acostumbrada, sin interés, como quien nada pierde. De repente sintió ciertas cosquillas la señora en entrambas pantorrillas, clavó en el forastero una mirada y calló, pero ya soliviantada. El infeliz, que estaba á la derecha de Rosalía, continuó tranquilo, sin temor ni sospecha, cuando el hombre debiera estar *en nulo*. Volvió á sentir cosquillas en ambas apreciables pantorrillas la esposa de Julián y, de repente, dió al pobre forastero, sorprendido, tal *bofetá* que le dejó dormido. El vecino, valiente, encendido de cólera, decía: —Dele usted mi tarjeta, Rosalía. Hasta que, luego de pasado un rato, el prudente marido dijo á su esposa, en viendo lo ocurrido: —Pero, mujer, si ahora ha sido el gato. —Como hay tanto animal tan atrevido...

Eduardo de Palacio.

AHORÁ QUE HA PASADO...

Dire á ustedes, en secreto, que me da mucha vergüenza ver andar por esas calles, con motivo de las fiestas, bombrones como castillos con faldas á media pierna y rizados, cintas y lazos y encajes y bomboneras. Pase lo de los disfraces, porque de alguna manera se han de divertir las gentes al llegar Carnestolendas; pero que á un mozo de rumbo se le meta en la cabeza ponerse encima unas sayas y andar liciendo unas medias y fingir coquetadas como niña desentrevada, falsificando atractivos propios de las hijas de Eva, es sospechoso, es... (¡caráminas! ¿cómo expresaré la idea?) demasiado... *decadente* y contrario á la decencia. Se comprende que, si un hombre comete la ligereza

de querer dar unas bromas poniéndose una careta, se encaje una estera sucia, se plante una colcha vieja, y aún se vista de payaso con cucuruchos de á terciá, con tal que bajo la colcha, ó á través de las esteras, se conozca o se adivine la virilidad, la fuerza... pero el que por las enaguas los pantalones desdena, y aunque de mentirijillas se confunde con las hembras y, burla burlando, quiere lucir las formas, demuestra que cambiaría de sexo como en su mano estuviera. Que se le ocurra á un manco ponerse unas barbas negras, mandoble, cota de malla, casco, y escudo, y espuelas, ó sombrero de calite y calson corto, y chaqueta con vistosos alamares; pañuelo y faja de seda,

El elemento sano.



—¡Gracias á Dios que puede una dedicarse á sus devociones con el necesario recogimiento! En estos días de bullicio no puede una menos de acordarse de lo mucho que ha corrido una. ¡Dios me lo perdone!

atavios de guerrero, de bandido de la sierra, de petrimetre, de chulo, y aun de fraile... ¡enhorabuena! Pero ¡ay! es muy lastimoso que nuestros jóvenes tengan

tendencia á lo femenino, porque es muy mala tendencia, y mientras salgan los mozos con ligas, corsé y pulseras, dormirán aquellos tercios que ensangrataron la tierra.

Sinesio Delgado.

CHISMES Y CUENTOS.

En el suplemento que acompaña al presente número terminan los apuntes correspondientes á la provincia de Albacete. Parece broma, pero ya falta menos. Ustedes no pueden imaginarse el dinero, el trabajo y la paciencia que me está costando... ¡Paciencia sobre todo! Porque, como habrán ustedes tenido ocasión de notar, los fotograbados de esta provincia (¡las hay desgraciadas!) no han salido muy bien que digamos. En fin, ya iremos mejorando, si Dios quiere.

Debo hacer constar mi agradecimiento, por habernos ilustrado con datos y noticias y habernos obsequiado y acompañado durante nuestro viaje, á los siguientes señores:

Albacete.—D. Julio Molina, corresponsal de este periódico.—D. Fernando Franco, redactor del *Diario de Albacete* y corresponsal del *Heraldo de Madrid*.—D. Gerardo J. Algarra, corresponsal de *La Correspondencia de España*.—D. Juan García Mas, director de *El Defensor*.—Sr. Lizares, fotógrafo.

Almanza.—D. Paulino Bustinsa, presbítero.

Bonete.—D. Francisco Mansilla, estudiante de derecho.—D. Pascual Serrano, profesor de primera enseñanza.

Hellín.—D. Tomás Aragüés, gerente de la Compañía de suministro de electricidad.—Sr. Massip.—D. Antonio Falcó, propietario.—D. Javier Zorrilla, director de *El Eco*.—D. Lope Díaz Pallares, alcalde.—D. Asencio Claramonte, juez municipal.

Alcaras.—D. Valeriano Perier, ingeniero.—D. José Montero, sobrestante.—D. Anacleto Martínez Cuesta, registrador de la propiedad.

Balasot.—D. Wenceslao Montoya, abogado.

Villarrobledo.—D. Miguel Navarro, teniente de la Guardia civil.—Don Pedro Joaquín Acacio, propietario.—D. Emilio Santos, abogado.—Don Bernabé F. Pintado y Sr. Rosillo, sobrestantes de obras públicas.

Yo quisiera encontrar una forma nueva, expresiva y conmovedora para quejarme al Sr. Director general de Correos de que el Sr. D. Feliciano del Pecho, de Aranda de Duero, suscriptor á este modesto *semanario* (como han dado en decir ahora los gacetilleros), no recibe los ejemplares que le corresponden.

Pero, bien mirado, como aunque tuviera la suerte de encontrarla, y el Sr. Director general la desventura de leerla, no habíamos de conseguir nada práctico, me concreto á hacerlo constar sencillamente, *por si muove*, como dijo el otro.

Y de paso debo advertir al interesado que, siempre que esto ocurra, que será más veces de las que ambos quisiéramos, me haga la merced de no remitir sellos ni cosa que lo valga para pago de los números que le falten.

La Administración remite gratis á los suscriptores cuantos ejemplares se les pierdan, porque si bien nosotros no tenemos la culpa, tampoco ellos la tienen, y no es justo que paguen dos veces.

El corresponsal de no sé cuál periódico escribe desde no sé qué pueblo participando que, con motivo de las fiestas, han llegado muchas personas, y también bastantes ciclistas.

No me choca, porque hay todavía algunos pueblos en donde los habitantes creen á pie juntillas que el hombre y la bicicleta son una misma cosa. Y que esa cosa es un bicho.

Un distinguido escritor que trata generalmente con gran independencia de criterio y no escasa serenidad de juicio los asuntos militares (*si quier* yo no esté conforme con él la mayor parte de las veces) decía la otra noche:

«Una observación importante. Morote vió en el campamento de Gómez infinidad de cubanos de las mejores clases sociales, cuyos nombres nos ha

dado; de ellos no se sabe que se haya presentado ninguno, y sin embargo, éste es el problema.

Hay que decidir quiénes se cansarán antes: ¿esos cabanos, acostumbrados a la vida civilizada, de vivir comiendo boniato, durmiendo a la intemperie y abrigando su cuerpo con harapos, ó los españoles de enviar anualmente 50.000 hombres a Cuba, de perder 20.000 y de gastar millón y medio de pesetas diario. Ese es el planteo real del problema; quien no lo plantea así no podrá resolverlo, porque estará fuera de la realidad.»

Pues... con permiso de usted, yo creo que esos señoritos habaneros no se cansarán nunca con el sistema de guerrrear que se ha inventado ahora. ¿Sabe usted cómo se cansarían?

Si á estas horas estuvieran sus familias en las Marianas ó en el Peñón de la Gomera y sus bienes confiscados para ayudar á los gastos de la campaña.

En cuanto no tuvieran cómplices, encubridores y defensores descarados en la capital de la isla, ni medios de recibir para su regalo otras cosas que no son boniato y trapos sucios, ¿vería usted qué molesta les iba á parecer la vida en la manigua!

Porque así es como se ha tratado siempre al enemigo, y no con merengues y consideraciones.

No daremos un paso mientras no se ponga en vigor aquella enérgica y concisa ley de las Doce tablas:

Adversus hostem aeterna auctoritas esto.

—o—

Libros.

El vapor y su siglo, cartas familiares dirigidas á una señorita, por don Pío Gullón. Este libro, que acaba de editar con verdadero lujo, tiene una importancia que no es necesario encarecer, dada la firma del autor. Trátanse en él, con insólita amenidad, asuntos que hasta ahora se habían tratado en forma árida y fastidiosa, y tal interés tienen todas las cartas que no puede dejarse el tomo de la mano una vez leída la primera. Cuasta 2,50 pesetas en las principales librerías.

Reveris se titula un folleto en que D. Carlos L. Olmedo hace una detenida reseña de las corridas en que ha intervenido el citado matador durante el año 1896.

Concepto general de la hepatología, conferencia dada en la Escuela práctica de enfermedades médicas por D. Víctor Cebrián, médico de número del Hospital General de Madrid y especialista en las enfermedades del hígado. Precio: una peseta.

Por esos mundos, colección de interesantes artículos del distinguido publicista D. Rodrigo Soriano. Forman el tomo 49 de la *Colección diamante*, que con creciente éxito edita en Barcelona la casa López. Cuasta, como los demás, 50 céntimos.

La casa editorial Bailly-Baillière é Hijos nos ha remitido los cuadernos 4, 5, 6 y 7 de la preciosa novela *Juana la obrera*.

Su lectura ha venido á corroborar la opinión que formamos de tal novela al ver los cuadernos anteriores; siéndonos grato consignar que el interés crece á medida que se avanza en la lectura, que sus láminas son inmejorables y que todo el texto está lleno de hermosas narraciones y sanos pensamientos.

*

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. C.—Son bastante endebles. Tenga usted cuidado con las veras duros. Porque, por ejemplo el que dice:

«la habian visto con otro aquella noche»

suena de tal manera que no parece verso, como que hay que decir *habían*, y... así no se puede.

Sr. D. A.—Bilbao.—Se le enviaron oportunamente, se perdieron sin duda, y se le vuelven á remitir.

Un poeta que escribe con los pies.—Hombre, eso es demasiada modestia. Tanto como con los pies...

El chiquito de Valladolid.—Verá usted:

«Al ratero Justo Canales
á presidio le han mandado...»

es cosa que no puede pasar. Porque al primer verso le sobra una sílaba.

Pericito.—Se aprovecharán las frustrerías. El cuento tiene poco saliente.

Oirrolas.—También utilizaré la primera y la penúltima. ¡Hombre! no es mala semanita ésta.

Sr. D. F. A. de C.—Hay un cantar que se publicará, Dios mediante. ¡Sigue la buena racha! A este paso, la vida es un soplo.

Caherota.—¿Que el casero es un *latero*
que quiere cobrar el piso?
¡Si ese vicio del casero
le fustigó ya el primero
que habitó en el paraíso!

Uno que le gusta meterse en todo.—Efectivamente, ahora me fijo en que hay lebrero nuevo. Pero yo creí que le habrían puesto los periódicos.

Sr. D. J. C.—Esas composiciones con dedicatoria particular y con asunto particular no tienen interés general de ninguna clase.

Lola y María.—Muy señoras nuestras. El primer verso es como sigue:

«Servicios á la humanidad.»

Y ojalá les toque á ustedes la lotería como es de cierto que no es octosílabo precisamente.

Sr. D. S. R.—Ha publicado muchos libros, y probablemente los artículos que indica estarán en tomos diferentes. No le veo hace tiempo, y de ahí que á estas horas no puedo dar á usted una contestación concreta.

El abate San Román.—Leamos:

«Ya se van acortando las tardes, bien mío,
ya más pronto las gotas del fresco rocío
desciende al cáliz gentil de la flor:
¡ay! ya el sol de mis sueños brillantes declina,
ya muy pronto la negra audaz golondrina
será para siempre... ¡con ella mi amor!»

Está bien, como poesía descriptiva y un tanto lacrimosa. Pero ¿por qué llama usted á eso soneto? ¡A no ser que sea un soneto vestido de máscara!

Sr. D. B. A.—¡Otra imitación de López Silva! Y ésta, sobre ser imitación, es medianaja. Porque no dice nada nuevo.

Sr. D. R. C.—Quiere ser satírica y resulta inocente. Porque sobre el mismo asunto y con parecida idea se ha escrito bastante en este pícaro mundo.

Sr. D. E. P. L.—Puede pasar... para el álbum de la interesada.
Camagüey.—Es atrevidilla y un tantico irrespetuosa con el clero.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de subscripción.º

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

Los correspondientes y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

Los correspondientes, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores correspondientes se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta al día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primer derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 8.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 612, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Navarro & C., Libertad, 11 días.º